

UN PASEO, CON BLECUA, POR EL SIGLO DE ORO

M.^a LUISA ATARES BARBERO

Fue una suerte tenerlo por maestro —«maestro», sí, una palabra que él ama y respeta—. Su reputación era tal que los estudiantes de Hispánicas se disputaban sus aulas. Su figura amable, sonriente y sencilla goza en todas partes de atractivo. A comienzos de curso nos previno: «Mis clases tienen éxito decreciente, primero llenas, luego al final vacías». Era en broma, pero un poco cierto. La razón era su comprensión. Cuando apuraban exámenes, o se acababan los plazos para la entrega de monografías; cuando los profesores más exigentes obligaban a un rendimiento máximo, y había que elegir entre el placer y el pasar el curso, algunos renunciaban al placer de unas clases. Nada que ver con el éxito de su impecable didáctica. Sus palabras, siempre al alcance de todos, nunca ociosas, portadoras de una revelación —sabiduría entregada con amor—, eran llaves que abrían a los ojos de la imaginación panoramas insólitos. Cuando el profesor Blecua abría un libro para leer un pasaje, todos sabíamos que íbamos a oír algo que no habíamos escuchado antes: los cuarenta y dos pliegos a cuatro maravedías, de Tomé de Burguillos; los «obispotes» del *Diccionario Espiritual*, de Francisco de Osuna; personajes sentados de la *Diana* y de *Los Nombres de Cristo*; jubón del Lazarillo...

Minúsculos detalles que el estudiante desecha, no escapan a la lente observadora del estudioso. El pone a prueba nuestras facultades, nuestro espíritu de investigación. Y el resultado no es muy alentador. No tenemos conciencia del entorno ni curiosidad intelectual..., «¡por eso está la ciencia como está en nuestro país!». Pequeña reprimenda afectuosa, en primera persona plural. Blecua

es así de humilde; modesto como el sabio que sabe que lo que sabe es menos que lo que ignora; partícula del saber, gota en los mares de lo que queda por averiguar. Y sabe, además, que tiene un enemigo invencible, el tiempo, que acabará ganándole la batalla, dejándole a media luz. Pese a lo cual, un sabio no ha de correr. Debe ir paso a paso, detenerse a mirar a su alrededor, reflexionar mucho y cuidadosamente. No puede llevar prisa. Blecua anda así por la vida, por los claustros, despacio. Nunca deja de ver a una persona, una cosa; de responder a un alumno, de sonreír y tender la mano.

El profesor no es un místico ensimismado. En *Ensimismamiento y alteración*, Ortega relaciona «alteración» con «alterous», lo del otro, lo que impide a uno ser uno mismo. Al doctor Blecua ningún otro le impide ser quién es. Nadie le altera. Quizá porque se siente uno con los demás, uno más. Blecua es la armonía con el universo. Le encanta descubrir las secretas relaciones entre las cosas. El más mínimo detalle, a lo largo y a lo ancho de una página, cobra a través de él profundidad, se hace tridimensional y aun cuatridimensional. El tiempo no tiene barreras para él. Una frase en *El Lazarillo de Tormes* nos lleva a *La casa lóbrega*, cuento árabe del siglo XI; el Templo de *Diana*, de Montemayor, al castillo alegórico medieval. Del espacio urbano del primero, en cuyo itinerario no hallamos ni un árbol y donde el tiempo cuenta como en Machado o Azorín, al arcádico estático espacio de la *Diana*, pasando por Guevara, Fray Luis, León Hebreo. Saltos hacia adelante o hacia atrás, hasta los griegos o hasta nuestros días, «¡Oh libertad preciosa!», música de los tiempos... —Valle-Inclán, Cela, Cunqueiro... excelente oído musical gallego—, cítara celestial. Del *Cancionero Musical de Palacio* a los cantos de segadores de la *Floresta Indiana*, de Alcina Franch. De la *Epístola de Boscán*, del amor conyugal —Unamuno, Rosales, Vivancos...—, al amor impreciso y lejano de Aldana, de Quevedo, de Hernández y Neruda; o a la usanza en la Barcelona del siglo XVI de empezar la comida por las frutas. Lo pequeño y lo grande, el esbozo y el detalle, lo de acá y lo de allá, todo se une y se relaciona en la mente del maestro. La *Crónica Burlesca*, de Francesillo de Zúñiga, y los esperpentos de Valle, el que lleva a sus héroes a pasear por delante de los espejos del Callejón del Gato. El tiempo no tiene paredes. El ayer y el hoy se dan la mano. El pasado es la materia de que está hecho el presente. La ruptura es una pausa para el observador. De ruptura hablaban Boscán y Garcilaso; pero su fuente de inspiración —Petarca— bebía en las fuentes de los trovadores, y Sannazzaro iba al encuentro de Virgilio. Rastrear las fuentes es un trabajo apa-

sionante. Es un viaje maravilloso en alfombra mágica, vuelo de altura a través de las coordenadas espacio-tiempo, excursus sin fin. El Tirano Banderas, por ejemplo, da una mano a la Jornada del río Marañón —Crónicas de la Conquista— y otra al presente hispano e iberoamericano de Valle. La literatura es así. Cosa de magos.

Entre estudiantes solíamos decir «Vamos a dar un paseo por el Siglo de Oro con Blecua». Y era cierto. No se trataba de una clase o de una conferencia a escuchar sentados. Ibamos a vivir, a revivir un tiempo —sus hábitos, sus seres, su pensamiento—, ser transportados literalmente, realmente, a un tiempo pasado y sin embargo vivo, por ese milagro de conservación que es el arte y la literatura. De cuantos profesores he tenido, nadie como el doctor Blecua posee esa magia de poder transportar las mentes a esos mundos, de hacer viajar la imaginación por esos espacios que fueron y aún están allí, en los anaqueles de las bibliotecas, en salas y en sótanos, esperando la mano que los tome y los abra. Nunca olvidaré aquella lectura en clase de unos pasajes de las Crónicas de Indias: Tormentas del 4.^o viaje, narrado por Hernán Núñez; descripción del mercado indio, por Bernardo Díaz del Castillo. Los ojos del profesor eran faros luminosos proyectando los colores de la volatería, el paciente y meticuloso trabajo artesanal del indio —articulados peces y papagayos de oro y plata—; retrato de Hernán Cortés.

La hora de salida de sus clases tenía el timbre molesto de un despertador. Bajar de las nubes, vuelta a la tierra desde un espacio estelar. Jamás se hizo larga una sola de sus clases. Siempre hubiéramos querido que durase más. Curiosidad, viva sensación de que en la mente del maestro quedaban aún muchos secretos que revelarnos. Sus breves excursus eran puertas abiertas a la curiosidad, a nuestro deseo de saber y de investigar. Comenzaba a hablarnos de cierto episodio en relación con un tema, algo inédito suponíamos, pero en seguida se retractaba y volvía al tema —«Iba a contarles algo que..., pero dejémoslo, nos llevaría lejos, y a ustedes ahora lo que les interesa es otra cosa» —y añadía— «pero algún día..., otro día les hablaré de eso». Un murmullo de protesta se extendía por el aula. El aire de misterio, el tono confidencial, cierta picardía incluso en los ojos del maestro, aunciaban conocimientos poco comunes. No quedaba más remedio que esperar, aunque, en el fondo, sabíamos que ese otro día prometido no iba a llegar, porque el conocimiento es camino largo, lento ascenso paso a paso, y no se puede saltar del pie a la cima en un curso. Harían falta años y

años, toda una vida de pacientes búsquedas, mucho estudio y experiencia. No hay mago que pueda entregar el saber, de una vez, en manos profanas.

El doctor Blecua es un hombre humilde. Nunca presenta su obra como acabada. Fruto de largos años y esfuerzos, consagrados a la enseñanza y a la investigación literaria, es la extensa bibliografía que a su nombre consta en los ficheros de las Bibliotecas. Seleccionaciones como *Los pájaros...*, *Las flores...* y *El mar en la poesía española*. Antologías: *Floresta de Lírica Española*, *Poesía de la Edad de Oro*. Títulos, prólogos, introducciones, artículos, conferencias. *Dos memoriales de libreros a Felipe IV*, *El Estilo de «El Criticón»* de Gracián, «Para una edición crítica del epistolario de Góngora», *El Tiempo en la poesía de Jorge Guillén*, Valle-Inclán en la Revista «España», *Sobre el rigor poético y otros ensayos*, *Sobre Poesía de la Edad de Oro*, etc.

Infatigable estudioso y admirador de la obra ajena, son innumerables las ediciones a él debidas: *Rimas*, de Argensola; *Rimas inéditas de Fernando de Herrera*, *Versos nuevos de Fernández de Heredia*, *Cartas de Fray Jerónimo de San José al cronista Juan F. Andrés de Ustarroz*, *Pasos de Lope de Rueda*, *Lírica de Lope de Vega* y, sobre todo, sus *Obras Completas de Quevedo*: *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo*; *Lágrimas de Hieremías Castellanas*, *La transmisión textual del «Baile de lo pobres» de Quevedo*, la ingente *Obra Poética* del mismo.

Sería ardua tarea intentar resumir el trabajo de un hombre tan fervorosamente entregado a su tarea. Blecua ha sacado de sus escondrijos obras curiosas muy poco conocidas: *El tratado de caza*, de Don Juan Manuel, es una buena muestra. Como investigador, como crítico, como editor, es incansable. Muy raramente menciona sus obras. Cuando lo hace, casi por necesidad, cita el título omitiendo su nombre. Otras veces parece querer excusarse. Si se trata de una obra de su juventud, añade: «entonces pensaba...» o bien «mejor si no lo hubiese publicado». Sabe muy bien que las conclusiones cerradas no existen; que la sabiduría total es una idea, no una realidad. Fortaleza inexpugnable, sólo es posible irse aproximando a ella sin llegar nunca a poseerla del todo. La ciencia es obra de siglos y de generaciones. A medida que se avanza en cierto sentido, se abren nuevos horizontes más vastos y lejanos, interrogantes cada vez más difíciles de resolver. El final de una investigación es un nuevo interrogante. La ciencia es una obra abierta.

El curso del hombre, en cambio, es una etapa limitada. El doctor Blecua sabía esto muy bien. Nuestro curso (1983-84) era el último también para su larga carrera docente. La hora de su retiro había sonado ya. Era un momento emotivo para todos, aquélla su última clase. Él lo recibió como otro día cualquiera, continuando el tema de la clase anterior; «tenemos que acabarlo, no tenemos más tiempo», dijo. Y siguió con Aldana. Francisco de Aldana, capitán cien por cien —«hueso en astilla, en él carne molida,/ despedazado arnés, rasgada malla.../ ¡Oh sólo, de hombres, digno y noble estado!—, platónico, místico, sensual... —«en la lucha de amor juntos trabados/ con lenguas, brazos, pies y encadenados/ cual vid que entre el jasmín se va enredando»—, desesperado. —«Mil veces callo, que romper deseo/ el cielo a gritos...»—. Una desolación casi barroca; el hombre no encuentra donde asirse. Existencialismo.

«Cuanto en mí hallo es maldición que alcanza,
muerte que tarda, llanto inconsolable,
desdén del cielo, error de la ventura.»

Búsqueda del hombre interior. El hombre realista, vuelto siempre hacia lo más físico del exterior, sufrirá un proceso de interiorización, reconocerá la vanidad del mundo y, como Fray Luis de León cuando desea «libre de esta prisión volar al cielo», buscará Aldana su patria en las alturas:

«Clara fuente de luz, nuevo y hermoso,
rico de luminarias, patrio Cielo,
casa de la verdad sin sombra o velo.»

Nápoles, Corte de Lorenzo el Magnífico, Florencia, Países Bajos, Castilla, Alcazarquivir...

Las palabras de Aldana, en boca de Blecua, llevaban como su verso «de tierra en tierra, de una en otra gente». Los nombres de Garcilaso, Luis de León, Quevedo, eran casi nombres de familia. Una vez más, la última quizá, dábamos un paseo por el Siglo de Oro con el doctor Blecua.

Cuando el conserje vino a avisarle de que en el Aula Magna se le estaba esperando para el homenaje de despedida, el profesor sólo hizo un comenario: «No sé por qué hemos de hacer estas cosas y dejar la clase sin acabar; ¡es un día como otro!»

El Aula Magna estaba rebosante. Era casi difícil abrirse paso en ella. Don José Manuel Blecua subió a la tarima y con visible

emoción deshizo el pequeño envoltorio de un minúsculo obsequio encerrado en las tapas de un libro-sorpresa. Dirigió sus palabras de agradecimiento y, acto seguido, se dispuso a seguir con el tema de Aldana —«Hay que acabarlo, hay que acabarlo... no tenemos más que hoy para hacerlo»—. El murmullo se acabó cuando el profesor recitó el primer verso:

«En fin, en fin, tras tanto andar muriendo.»

Se hizo un silencio general. Aquel «Contemptus mundi», de tantas y lejanas resonancias, adquiriría en el presente un nuevo sentido, otra validez. Si las palabras no podían aplicarse al maestro, decían mucho, en cambio, de su forma de sentir. Leía los versos pausada, sentidamente:

«tras tanto variar vida y destino,
tras tanto de uno en otro desatino,
pensar todo apretar, nada cogiendo;
tras tanto acá y allá, yendo y viniendo
cual sin aliento, inútil peregrino;
¡oh Dios!, tras tanto error del buen camino
yo mismo de mi mal ministro siendo...»

Valor durativo de esos gerundios. Temporalidad. «Ies» puntiagudas clavándose en el alma de Aldana —Blecua ha escrito sobre el significado de la «i» puntiaguda en el soneto de Góngora «a una dama que quitándose un anillo se pinchó el dedo con un alfiler»—. Anáfora.

«hallo, en fin, que ser muerto en la memoria
del mundo es lo mejor...»

Aliteraciones en «m»... Garcilaso «verme morir entre memorias tristes».

«pues es la paga dé muerte y olvido.»

Luego, la aspiración final a lo permanente, a lo eterno, en infinitivo:

«y en un rincón vivir con la vitoria
de sí, puesto el querer tan solo adonde
es premio el mismo Dios de lo servido.»

Una salva de aplausos estalló incontenible en el Aula Magna. «Todavía no hemos acabado» —protestó cariñosamente el

profesor—. Faltaba la Epístola a Arias Montano. Había que leerla... ¡No faltaría más! Los versos fluían acompasadamente, como agua de arroyo cerca del manantial, frescos, sonoros...

«Yo soy un hombre desvalido y solo»...
«Mi vida temporal anda precita
dentro el infierno del común trafago»...
«Mas ya (merced del cielo) me desato»...
«entrarme en el secreto de mi pecho
y platicar en él mi interior hombre...»
«en algún alto y solitario nido
pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre»
«déjese el alma andar süavemente...»
«sálgase a ver del tiempo en la corriente»
«Beba infusión de gracia sin buscalla,
sin gana de sentir nuevos provechos»
«como si el mundo en sí no me incluyese»

Beatus ille. Horacio. La escondida senda de los sabios. Luis de León.

«Pareces tú, Montano, a la gran cumbre
deste gran monte, pues vivir contigo
es muerte de la misma pesadumbre»

Contra la soledad, contra la angustia del vivir, un gran remedio: la amistad, el diálogo. Si Garcilaso imaginaba el cielo con Elisa, Aldana lo imagina platicando con un amigo:

«Írime por el cielo en compañía
del alma de algún caro y dulce amigo»

Sólo con esta despedida podría hacerse una semblanza del maestro. Podría añadir muchas cosas más. Siempre faltará tiempo para decirlo todo. El conocía bien el soneto de Quevedo que empieza

«Retirado en la paz de estos desiertos
con pocos, pero doctos libros juntos
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.»

A muertos y a vivos escucha Blecua con sus ojos, con sus ojos vivaces e inteligentes, observadores, atentos.

Este homenaje a su gran figura me da oportunidad de agradecerle las horas de placer, de estímulo intelectual, que su enseñanza supuso y, a la vez, el honor que es para nuestra tierra su nombre y su obra reconocida universalmente. Gracias, pues, querido profesor Blecua, por su larga vida dedicada al saber y por el amor con que nos lo entrega. Reciba el testimonio de una de sus alumnas que vivió en sus clases más que en cualquier otra parte.